

tribuyó con dos de sus más conspicuos representantes á hacer presente á la Nación entera la justicia de la causa, sostenida por la mayoría, de la ley de Enero. Pocos días antes de que Santa Anna se declarase en favor de los sublevados, algunos diputados de esa mayoría, no queriendo aún repudiar al hombre á quien hablan considerado como la encarnación de supremas esperanzas, decían así á la República entera : «No : firmes en el propósito que hemos formado de salvar á la República, cuya voluntad soberana estamos autorizados para creer que representamos, por corto que sea nuestro número, jamás consentiremos en concurrir á los funerales de su independencia y libertad, sin que pueda nunca separarnos de nuestro sagrado objeto, ni la grito fementida, ni las tramas insidiosas de sus solapados enemigos. Paso á paso los hemos seguido en sus manejos, hemos logrado desconcertarlos, y al último arbitrio que les ha quedado de acudir al llamamiento del benemérito de la Patria, Presidente actual de la República, Don Antonio López de Santa Anna, opondremos la lealtad con que hemos sostenido al soldado del pueblo, elevándolo á la alta dignidad de que se halla investido, salvándolo del artificio con que se trató de privarle de las inmunidades de Presidente, al darle el permiso para mandar en persona el ejército del Norte, y conservándole el puesto de que querían privarle los más de los que hoy invocan su nombre, cuando solicitaban la observancia de la Constitución del año 1824 en todas sus partes, dando con esto lugar á la rebelión que hoy aflige á la capital.»

Entre los firmantes de este manifiesto á la Nación encontramos á Juárez. Pretender por esto que ejerció una especie de jefatura por la influencia de su consejo ó de su palabra en el grupo que seguía á Gómez Farías, sería una exageración evidente; como se ha probado, no hay rastro en las luchas tumultuosas de aquel Congreso, de la parte activa que hubiese tomado en las discusiones; mas tenemos por evidente también que mucho debe de haber contribuido la tranquila firmeza de su carácter, ya bien dibujado desde entonces, á mantener la cohesión de los sostenedores de la ley, cohesión que sólo podía desatar la espada del General Santa Anna. Todo demuestra en la historia de nuestro hombre que no puso en sus determinaciones más que una pasión : la patriótica. Juárez fué puro ocasionalmente entonces; lo fué porque creía firmemente que el único remedio para la angustiosa situación que el país atravesaba en aquellos momentos era tomar el dinero donde lo hubiese; no lo había más que en las manos de la Iglesia. Juárez en aquellos momentos que tanto semejaban á las convulsiones espasmódicas de la agonía de un pueblo, no perdió un átomo de su fe religiosa, de su respeto por las cosas que hasta entonces había tenido por santas.

Fué siempre excesivamente tímido para hablar en público; esto probablemente provenía, no de que no supiera encontrar una expresión adecuada á sus profundas convicciones : cuantos tuvimos alguna vez el honor de hablar con él (y el antiguo rector del Instituto gustaba mucho de hacerlo con los estudiantes) sobre asuntos de alguna trascendencia política y social, recordamos bien, no olvidaremos nunca, la tranquila solidez de sus consejos fundados en la experiencia asentada en hechos incontrovertibles de nuestra Historia. Probablemente su temperamento nervioso en lucha con la singular impasibilidad de su espíritu, traía

como consecuencia un fenómeno neuropsíquico que casi neutralizaba en él las facultades de comunicación, de exteriorización de ideas; por eso nunca abordó la tribuna; por eso aun cuando algunas veces se veía obligado á pronunciar fórmulas trilladas de aclamación patriótica en las fiestas cívicas, acertaba á encontrar el modo de balbucear, de detenerse, de enmudecer á veces. Se necesitaba una tremenda excitación mental para que aquel mudo prorrumiese en grandes frases cuya fuerza de expresión estaba más en el calor comunicado por la conciencia que en la forma esculpida por la elocuencia. Acaso la circunstancia de no haber conocido el habla castellana sino cuando era ya adolescente, era parte muy principal en la determinación de este fenómeno que comprendemos perfectamente todos cuantos conocemos por experiencia propia el esfuerzo doloroso que constituye la oratoria política.

Pasados los días de la tempestad, Juárez volvió á Oajaca; ya iba, apóstol de su fe patriótica, á coadyuvar á la organización de nuevas fuerzas para que la República vencida pudiera conservarse viva. El Estado de Oajaca había enviado un valeroso contingente que contribuyó con heroicidad, que se ha hecho histórica, á la defensa de la capital en los días más terribles de la guerra. La bandera nacional desgarrada por los invasores había quedado salpicada con la sangre del General León y sus soldados oajaqueños; es probable que en esos días terribles Juárez permaneciese todavía en la capital, porque el partido político que le contaba entre sus adversarios predominaba en su Estado natal. Por fin, él y un grupo de sus amigos políticos lograron desbaratar la situación creada en Oajaca desde Febrero hasta Octubre, y Juárez salió de aquellas obscuras contiendas con un nombramiento irregular, pero consentido por el partido entero, de Gobernador del Estado. No es necesaria otra prueba que ésta para demostrar el ascendiente que Juárez había adquirido en el grupo liberal oajaqueño; y es singular que no hayan podido medir la importancia de ese fenómeno los que niegan al patrio todo valer en el orden moral y político durante aquella turbia y estertorosa época. Ciertamente, estaba rodeado de hombres de mayor inteligencia que la suya : los Marcos Pérez, los Cañas, los Ruiz, los Díaz Ordaz, no cabe duda, eran dueños y gozaban de una mentalidad mucho más alta que la del indígena zapoteca; si lo eligieron como jefe, si lo escogieron unánimes por centro, si lo siguieron todos entonces y por largos años como se sigue una bandera, es claro que su voluntad, que su carácter son los que explican este caso singular. Efectivamente, como lo veremos en el curso de esta historia, Juárez durante su vida estuvo intelectualmente subordinado, sugerido, diremos, por inteligencias de mayor alcance que la suya : en los comienzos de su vida, Méndez, ya lo vimos, determinó el camino de sus ideas; después, la influencia de Ruiz fué extraordinaria sobre él; todas sus determinaciones, todas las manifestaciones profusa y difusamente razonadas del Gobernador oajaqueño indican de una manera bien clara el ascendiente psicológico del Licenciado Ruiz, infatigable razonador, argumentador que jamás se declaraba vencido, fuerte con la fuerza de una verbosidad siempre animada y que jamás se combinaba con los razonamientos de sus interlocutores, porque éstos casi siempre le cedían la palabra y callaban. Más tarde y sin que el ascen-

diente del Licenciado Ruiz desapareciese por completo, el contacto con Ocampo no sólo determinó en el alma de Juárez una evolución completa, causa de su definitiva emancipación de las creencias viejas, sino que hasta cierto punto lo mantuvo en una especie de vasallaje psicológico que Juárez se complacía en reconocer de buen grado. El espíritu ardiente, dominante, las convicciones que en Ocampo tomaban el carácter de dogmas y de axiomas incontrovertibles, eran á propósito para hacerlo aparecer á los ojos de Juárez como el revelador de una religión nueva de libertad y de progreso indefinido; pocos fueron quienes en contacto íntimo con Ocampo no sufrieran esa penetración mental. ¿Por qué Ocampo reconoció siempre, no sólo la dirección política, sino una especie de superioridad que desde acá nos parece misteriosa, de aquel hombre pasivo sobre su naturaleza siempre en fervorosa actividad? En esto, como en lo que ya hemos apuntado, reconocemos la acción del carácter de Juárez sobre quienes á él se agrupaban; su pasividad no era más que aparente; en realidad, aun en el terreno intelectual, sabía intervenir con un elemento de sensatez y de espíritu práctico que determinaban instantáneamente el orden y la agrupación por series lógicas de las ideas de sus amigos. Pero en el terreno moral era en donde su pasividad se tornaba actividad *SUI GENERIS*, y todas las convicciones, todos los sentimientos que giraban dispersos en aquellos días de anarquía temerosa de los espíritus, tendían á cristalizarse y á cobrar vigor, unificándose gracias al carácter de Juárez. En el último período de su vida, cuando ya los tremendos reveses políticos que habían repujado y endurecido su carácter le hacían menos accesible á influencias absolutas, el talento extraordinariamente perspicaz del Señor Lerdo de Tejada (Don Sebastián) ejerció indudablemente un ascendiente vigoroso, y en ciertos momentos decisivo, sobre las determinaciones de Juárez en los grandes días de tribulación que transcurrieron desde mediados de 63 á 68. Esto es innegable, pero absurdo sería creer que el Señor Juárez dejase que talento ó voluntad de algún género se substituyesen á los suyos; estos elementos ajenos robustecían en él los propios, no los suprimieron jamás. Quienes pudimos oír á raíz de la Intervención y del Imperio los comentarios que el Señor Lerdo de Tejada hacía sobre la política del Presidente, sabemos qué género de comunicativo entusiasmo había infundido en su espíritu la circunstancia de haber sido testigo durante cuatro años, día por día, de la inquebrantable firmeza de su jefe. Queda, pues, bien definida en la historia individual de Juárez, la docilidad con que escuchaba, comprendía y se asimilaba los elementos de inteligencias cuya superioridad sentía, la energía poderosa con que el resorte de acero de su voluntad reobraba sobre los hombres que con él se ponían en contacto íntimo.

¶ En Oajaca, después de desbaratar la coalición de elementos que pudieron llamarse reactores y que se habían adueñado de la dirección del Estado bajo los auspicios de Arteaga, el colega de Juárez en el triunvirato federalista, el personaje cuyo papel en la Cámara de Diputados hemos visto insignificante, aunque

nunca lo fué para sus compañeros de diputación, comenzó á mostrar las cualidades de gobierno que durante toda su vida crecieron hasta hacer de él el primero de nuestros gobernantes en el genuino sentido de la palabra; realmente Méjico no fué GOBERNADO hasta que lo gobernó Juárez en el período que siguió al Imperio. Su primer propósito, como él mismo lo decía al Gobierno Supremo reunido entonces en Querétaro, adonde no tocaban todavía las olas de la invasión americana, era el de contribuir á la defensa de la Patria y al mantenimiento, á todo trance, de la paz interior. Lo uno era condición de lo otro; para que Oajaca, mutilada en sus defensas vivas en la sangrienta jornada de Molino del Rey, pudiera, adquiriendo nuevas fuerzas, poner su brazo armado al servicio de la República moribunda, era preciso no desperdiciar ni uno solo de sus elementos vitales; para esto no había otra condición que la paz. Esto explica claramente la actitud de Juárez respecto á Santa Anna. Desde el momento en que este personaje había desertado de la causa reformista, no tenía valer alguno para los hombres de progreso; desde el momento en que su impericia había sido el elemento principal de los triunfos humillantes del invasor en el valle de Méjico, no tenía valer alguno como caudillo ni como general; desde el momento en que después de su renuncia el Gobierno Supremo establecido en Querétaro le había quitado de la mano, como él decía, la espada que había esgrimido tan torpemente contra el extranjero, es nulificada su condición presidencial y no quedaba más que el ambicioso henchido de despecho y el revoltoso que, no pudiendo nada contra el invasor triunfante, podía mucho, sin embargo, contra la paz tan necesaria para la guerra. Santa Anna se presentó en los límites de Oajaca, penetró en el Estado precisamente en los instantes en que las exigencias de los americanos por un lado y los conatos de desquite de los politicastos derrotados de la víspera convertían en profundamente precaria la situación política encomendada á Juárez. Los derechos individuales, las garantías que cubrían estos derechos, nada podían impedir en parangón con los supremos intereses sociales que periclitaban en aquella hora de negra angustia. Si Juárez creyó, y tenía razón en creer, que la presencia de Santa Anna en Oajaca podía ser causa de hondas perturbaciones, hizo bien, cumplió con su deber, nadie lo hubiera cumplido de otro modo, al rechazar con mano de hierro al peligroso huésped y, no expulsarlo porque nunca llegó á eso, sino fijarlo en un lugar lejano de la capital, mientras reiteraba su habitual peregrinación al extranjero, en donde iba á readquirir, por singular modo, sus prestigios, sus energías, sus posibilidades de intervenir de nuevo en los asuntos de la Patria. Santa Anna afirma en sus MEMORIAS que la actitud de Juárez, que, como es natural, califica con dura vehemencia, provenía de un odio añejo, odio que, á decir verdad, se compadece bien poco con el santannismo con que pretenden mancharle sus adversarios póstumos. Afirma el famoso General que Juárez no pudo perdonarle el haberle servido la mesa en Oajaca en la casa del Licenciado Embides el año de 1828. Parece singular que un seminarista teólogo, que precisamente por esos tiempos sostenía tesis intrincadas en relación con el dogma, sirviese como doméstico en casa de un magnate oajaqueño; pero atendiendo á las costumbres, no del todo olvidadas, que han hecho durante mu-

cho tiempo de los estudiantes servidores de casas acomodadas, precisamente con el fin de ayudarse en sus estudios, no parece improbable; antes bien nos inclinamos á tenerlo por cierto. Juárez efectivamente ascendió de todos los niveles sociales inferiores á los más altos, al lugar supremo. Ésta es su honra, esto es lo que constituye de él un símbolo de la sociedad democrática mejicana ascendiendo al predominio del país. Lo que es perfectamente injusto en la afirmación de Santa Anna es que el indio zapoteca guardase rencor á quien había sido testigo involuntario de su estado servil. En el Congreso ya hemos visto que mientras Santa Anna pudo ser una esperanza, aunque siempre enigmática, para el partido liberal, Juárez estuvo del lado de sus partidarios hasta el grado de haber podido ser furiosamente tildado de santannista; en aquella época alternativamente lo era la República toda; era una infección política el santannismo, que determinaba fiebres periódicas nacionales.

¶ Cuando la paz se celebró con los Estados Unidos; cuando la nación, después de un tremendo pero necesario sacrificio para evitar otro mayor (la pérdida total de la nacionalidad quizás), respiró un poco y, gracias á la pasajera bonanza que traía á sus finanzas la indemnización americana, pudo dedicarse á su restauración interior y á la consolidación de sus instituciones, Juárez, ya Gobernador constitucional de su Estado, consagró exclusivamente su labor á ahogar todo género de discordia y á sembrar la simiente fecunda del porvenir. Sus mensajes sinceros y honrados al Cuerpo Legislativo, abundante en patriotas inteligentes y que siguió al Gobernador con reverente adhesión inexplicable hacia el ser absolutamente pasivo de iniciativa y de idea, de sentimiento activo y de voluntad en marcha que sus adversarios nos pintan hoy; estos mensajes, decimos, nos hacen seguir paso á paso la solicitud con que aquel hombre comprendía sus deberes, la escrupulosidad con que cumplía con ellos y la firmeza con que se hacía obedecer. Juárez desplegó desde aquella época de un modo claro sus dotes administrativas, su celo por la independencia y soberanía de su Estado natal, perfectamente combinadas con sus obligaciones hacia los poderes federales; todo en su gestión hace palpables los deseos de implantar, en cuanto emanaba de sus facultades legales, un espíritu profundamente liberal y democrático, que inflamó definitivamente el alma de las nuevas generaciones. Su protección al Instituto que había sido su hogar intelectual, tenía precisamente ese alto fin; fué ese plantel, ya lo vimos, una especie de iglesia de liberalismo en que no se educaba á una secta sino á uno de los más interesantes fragmentos de la patria mejicana.

¶ Habrá que repetirlo: de nada de esto pudiera inferirse que las ideas religiosas de Juárez se habían transformado; la fe y la verdad esencial del credo religioso en que ha respirado nuestra alma durante su infancia, pueden transformarse y evolucionar, pero no se pierden nunca. De esta devoción perenne hacia los dogmas católicos nada puede inferirse en contra del sentimiento frecuentemente apasio-

nado con que Juárez se asimilaba las aspiraciones de su tiempo; pero, hombre de gobierno, no tenía, como todos los gobernantes, otra norma ni otro camino que la ley que había libremente aceptado; estando perfectamente convencido de que en el respeto á la ley generadora del derecho estaba la paz de la exánime nación que se trataba de resucitar, hacía de la obediencia á la ley una especie de dogma del que no admitía disidentes ni herejes. A esto debe atribuirse la firmeza con que puso la acción y la palabra del Gobierno del lado del cumplimiento estricto de la ley en lo que se refería á los tributos que estaban obligados los habitantes del Estado á pagar en los curatos para sostenerlos. Por regla general, los liberales, con muy buen consejo, se manifestaban siempre adictos al clero parroquial; los curas eran con cierta frecuencia, más bien que instrumentos de reacción en manos del alto clero, agentes de la ilustración del pueblo, en algunas partes, aunque muy contadas, y en todas elementos de resistencia á los obispos y á sus ministros inmediatos. El partido liberal mejicano no podía olvidar que el bajo clero había dado á la causa de la Independencia sus iniciadores, sus grandes soldados; de aquí provenía el empeño de convertirle, si era posible, en vehículo de propaganda de las ideas nuevas. Juárez sosteniendo en Oajaca la obligación estricta que la ley civil imponía á todos los habitantes del Estado de contribuir para las necesidades del curato, y Ocampo sosteniendo en Michoacán la necesidad de cortar los abusos de las obvenciones parroquiales, para hacerlas más firmes y organizarlas mejor, porque las consideraba perfectamente legítimas, son una muestra clara del criterio con que el partido liberal consideraba estos deberes sociales.

¶ Como era natural, esta nueva disposición hacia el bajo clero, en quien pretendía encontrar un verdadero aliado el partido reformista para despojar de sus privilegios á la aristocracia clerical que era en realidad la única á quien aprovechaban, era general en aquella época, era el modo de ver de todos; uno que otro aspiraba á la emancipación completa. Los más, aplazaban las grandes ideas de tolerancia y libertad de conciencia para una época en que, sancionadas ya por la costumbre, pudieran pasar sin peligro á la ley. Aquellos liberales, lo mismo Juárez que Ocampo, ponían sus propósitos bajo el amparo de la Divinidad Providente cuyas bendiciones pedían con más ó menos fe unos y otros; Juárez con fe sincera y profunda.

¶ Puntualicemos.

¶ En los años en que Juárez comenzó su período gubernamental en Oajaca, una sola porción del país conquistada para la paz y el orden era el único elemento estable de la República entera; ésta, antes del tratado de Guadalupe, se mantenía en equilibrio artificial, que sólo duró, puede decirse, gracias á la presencia del invasor americano en el corazón mismo del país; el Gobierno establecido en Querétaro, apenas lo era; quebrada en manos de Santa Anna la espada de la Nación,